

LA CRISIS DE POLONIA, UN DILEMA PARA MOSCU

- Por David B. RICHARSON en Varsovia y Robert P. MARTIN en Moscú.
- De la revista "U.S. NEWS & WORLD REPORT". Volumen LXXXIX, nº 10/80.
- Traducido por el TCOL. de Aviación D. Francisco J. BAUTISTA JIMENEZ.

Ceder ante la rebelión de los trabajadores o enviar al Ejército ruso para aplastar la huelga, cualquiera que sea la alternativa elegida - por los líderes del Kremlin tendrá graves riesgos. (Información de Varsovia y Moscú).

La crisis, cualquiera que sea el resultado final de la revuelta de los trabajadores en Polonia, apunta a una clara división del comunismo ruso.

Si ganasen los huelguistas polacos, el impacto en todo el Imperio Comunista de Rusia sería profundo. Aunque no inmediatamente, con el tiempo, inevitablemente, aparecerían presiones para reformar el sistema comunista en otros países satélites, quizá incluso en la propia Unión Soviética.

Si por el contrario el Kremlin invadiese Polonia para aplastar la revuelta trabajadora, las repercusiones tendrían incluso un mayor alcance.

SOMBRIO PANORAMA. - La violencia a gran escala podría desencadenarse en un área de Europa que cuenta con un alto índice de peligrosidad, en el punto del estallido de dos guerras mundiales en lo que va de siglo. La "détente" entre el Este y el Oeste sufriría un grave golpe, posiblemente mortal. El mundo podría muy bien retornar al clima de asedio de la guerra fría. Rusia se vería obligada a aumentar sus fuerzas de ocupación en la Europa oriental con el fin de mantener la presión sobre sus inquietos satélites.

Cuando, a finales de agosto, la crisis caminaba hacia su culminación, los 300.000 huelguistas del puerto báltico de Gdansk y sus alrededores parecían seguros de la victoria final. Ya habían conseguido concesiones sin precedentes en un estado comunista. Los huelguistas habían forzado al líder del partido comunista Edward Gierek a modificar la línea dura de su gobierno mediante un cuidadoso cambio de políticos. Estaba en duda hasta el futuro político del propio Gierek.

Los trabajadores también habían conseguido de las autoridades comunistas el reconocimiento al derecho de huelga y a la contratación mediante convenios colectivos. En las negociaciones los trabajadores han conseguido la mayoría de sus 21 peticiones políticas y económicas.

Pero uno de los temas, tal vez el más sensible, no sólo para los líderes comunistas polacos sino también para el Kremlin, como es la solicitud de sindicatos libres para sustituir a las desacreditadas organizaciones laborales controladas por el Estado, aún no ha sido resuelto. Las autoridades rechazaron la formación de sindicatos independientes ya que estos disminuirían el poder del Partido Comunista, lo que es inaceptable para Moscú. Al acusar de antisocialistas y extremistas a los líderes de los huelguistas que presionaban para conseguir esta petición, el Gobierno insinuaba, oficialmente, el fantasma de la invasión rusa.

El periódico del Partido Comunista "Trybyuna Ludu" advertía: "La actual crisis puede poner al país al borde de la catástrofe. Lo que recuerda los acontecimientos del siglo XVIII".

Ningún polaco necesitaba que le recordasen estos acontecimientos -la partición de Polonia en tres ocasiones y su desaparición del mapa durante medio siglo como entidad independiente-.

Paradójicamente los líderes comunistas se volvieron hacia el poder de la Iglesia Católica polaca para que les resolviera el dilema de intentar satisfacer a los huelguistas sin provocar la intervención de los rusos. Reconociendo la bancarrota de su propia influencia sobre los trabajadores, transmitirían, por primera vez en la televisión del Estado, un sermón del Primado polaco, Cardenal Stefan Wyszyński.

En el sermón, el Cardenal hizo un llamamiento a los huelguistas para que volviesen al trabajo con las siguientes palabras, cuidadosamente elegidas. "Incluso para las peticiones más justas que podáis tener, nada se puede hacer sin el trabajo... Las peticiones podrán estar justificadas -y la mayoría de ellas lo están- pero no pueden atenderse inmediatamente".

Presumiblemente, respondiendo en parte a la súplica, el líder del movimiento huelguístico de Gdansk, Lech Walesa, pidió a los trabajadores un período de calma, instándoles a no aumentar los paros mientras continuasen las negociaciones. Sin embargo, este líder, mantuvo la petición de sindicatos libres como la clave para un arreglo.

Moscú, como queriendo subrayar el peligro de una posible intervención soviética, señalado tanto por los comunistas como por la Iglesia, denunció que "Elementos antisocialistas estaban intentando empujar a Polonia fuera del camino socialista que ella misma había elegido". Esto estaba claramente calculado para intimidar a los trabajadores polacos, insinuándoles que estaban llegando, en su enfrentamiento con el gobierno comunista, a un punto peligroso.

La guerra psicológica rusa se reforzó, por un lado, con la presencia de 31 divisiones soviéticas en la Europa oriental -dos en la misma Polonia- y por otro, con unas maniobras, programadas para los primeros días de septiembre, de 40.000 hombres del Pacto de Varsovia, incluyendo 60 misiles en Gdansk.

Según un despacho de prensa, fechado en Moscú, el Kremlin ordenaría la entrada en acción del Ejército soviético en tres casos: Si se produjese un colapso político en Polonia que amenazase con la anarquía; si Gierek fuese reemplazado por otro líder que intentase separarse del Pacto de Varsovia, o, por último si se extendiesen los disturbios a otros países del Este europeo.

Sin embargo, en el citado despacho, se hacía notar que los soviéticos extremarían su objetividad tanto como fuera posible para evitar el envío de sus tropas contra los trabajadores polacos, por las siguientes razones: "Los soviéticos saben que los polacos resistirían incluso enfrentándose a un armamento moderno. Más aún, los líderes del Kremlin no ignoran que, una vez reducida la resistencia, tendrían que mantener una guardia en una nación de 35 millones de habitantes hostiles. Con una guerra hoy en Afganistán, los líderes soviéticos serían precavidos en realizar acciones militares que pudiesen enemistarlos con sus aliados del Pacto de Varsovia".

Tomando todo esto en consideración, el Kremlin está demostrando una desacostumbrada flexibilidad para comprender las dificultades que tienen los dirigentes comunistas de Polonia para entenderse con sus compatriotas altamente nacionalistas. Se espera, que la estrategia de per

mitir a los polacos encontrar sus propias soluciones, trabajará otra vez, como sucedió en las anteriores crisis de 1956, 1970 y 1976 cuando los rusos se situaron en sus fronteras.

Sin embargo la crisis actual en Polonia es diferente. Los trabajadores están decididos a conseguir algo más que meras mejoras económicas. En esta ocasión están decididos a conseguir reformas básicas del sistema comunista que Moscú, en otros tiempos consideró herejías y no las toleró en otros estados de su órbita.

Los soviéticos están preocupados por el "efecto de contaminación" en el resto de la Europa del Este, si los trabajadores polacos consiguen libertades políticas que no disfrutaban los de otros países comunistas.

Por otra parte la contaminación, según los observadores políticos, no sería inmediata. Pero si un arreglo negociado saliese de la crisis polaca, este sería, sin duda, un modelo para otros países de la Europa del Este que, tarde o temprano, intentarían imitar.

Estos países del Este se enfrentan con problemas similares a los presentados por los trabajadores polacos con su oposición al fuerte incremento de los precios de los alimentos a partir del pasado 1 de julio, consecuencia de una caída del índice de crecimiento, baja productividad, inflación, agricultura escasa y un creciente endeudamiento exterior.

Además de esto, los países aludidos se enfrentan al incremento de los costos de energía fruto de la reducción de los suministros de petróleo a precios rebajados, procedentes de Rusia y de las mayores presiones para que acudan a los mercados mundiales para satisfacer la mayoría de sus necesidades.

Con la perspectiva de mayores recortes para todos estos países su futuro es incierto. Un futuro de gran austeridad en el suministro de artículos para los trabajadores, no afecta a los miembros privilegiados de la élite comunista. Estos dirigentes del Partido tienen acceso a tiendas especiales que tienen artículos que, o escasean o no se encuentran en las tiendas ordinarias del Estado.

Expertos independientes afirman que la reforma de las "Comandancias económicas" impuestas por Rusia a estos países después de la II Guerra Mundial, es absolutamente necesaria si quieren solucionar el problema. Pero el recuerdo de las invasiones de Hungría de 1956 y de Checos-

lovaquia en 1968 para aplastar reformas liberales, impide cualquier tentativa para hacer cambios básicos en el sistema.

El panorama y el impacto potencial que los acontecimientos de Polonia tendrían, varían según el país:

HUNGRIA.- Bajo Janos Kadar, en Hungría se han realizado reformas modestas y se ha creado un clima de relativa distensión entre el pueblo húngaro y el régimen. Muchas industrias han sido liberadas del control central y las relaciones laborales son buenas.

Un analista explica: "Los líderes húngaros están a nivel de pueblo y no pretenden disimular los problemas, lo que explica porque las quejas fueron moderadas cuando los precios sufrieron un fuerte incremento, que fue lo que prendió la mecha a la revuelta en Polonia.

El temor de los húngaros radica en que el Kremlin, como reacción a la crisis polaca, les presione para que inicien una más dura represión de las desavenencias y les aprieten las clavijas.

CHECOSLOVAQUIA.- Los dirigentes comunistas de este país, representantes de la línea dura, comparten el temor ruso de que los trabajadores polacos constituyan un ejemplo para un pueblo descontento. El pasado mes de agosto, se han evidenciado sus temores, al hacer una advertencia a los representantes del Partido Comunista en las factorías, para que mantuviesen un estrecho contacto con los trabajadores y prestasen una detenida atención a los motivos de sus quejas.

Los checoslovacos se enfrentan hoy al mismo estancamiento económico que en 1960, cuando su gobierno prometió iniciar grandes reformas. Pero este programa, finalmente, precipitó la invasión rusa de 1968. Hoy, el régimen de Praga, lejos de contemplar reformas de cualquier tipo, es el más represivo y estalinista de todo el bloque soviético.

ALEMANIA DEL ESTE.- El temor ante una posible contaminación de la crisis polaca, se refleja en la cancelación de la visita programada del Canciller de la Alemania Federal Helmut Schmidt. Los comunistas temían que esta visita pudiera producir demostraciones en Rostock, lugar de la reunión, próximo a la frontera polaca.

El régimen de Alemania Oriental es incapaz de aislar al pueblo de los acontecimientos de Polonia ya que, según estimaciones, de un 60

a un 65 por ciento de los alemanes orientales ven, cada noche, la televisión de Alemania Federal.

Aunque su economía es la más próspera de la Europa del Este, su crecimiento industrial está disminuyendo y Alemania Oriental confía aumentarlo mediante la importación de alta tecnología de Occidente para modernizar su industria, así como en conseguir facilidades financieras de Bonn. En cualquier caso, un deterioro de la "detente" sería especialmente dañoso.

RUMANIA.- Unas recientes informaciones sobre huelgas, indican un serio descontento en este país, el cual desafía a la política exterior de Moscú, que sólo actúa, localmente, de forma represiva.

Un experto en asuntos rumanos señala: "Hay carestía y un descenso económico general. Esto no quiere decir que el Presidente Nicolae Ceausescu tenga problemas para controlar la situación. Pero el Presidente debe evitar el ejemplo de los polacos. Todos los líderes comunistas comparten esta misma inquietud".

BULGARIA.- Es el satélite más sumiso a Moscú, constituye virtualmente un apéndice de la Unión Soviética. A pesar de que, aparentemente, parezca que la crisis polaca no les concierne, los dirigentes del gobierno búlgaro están preocupados por el peligro de desestabilización del Sistema comunista.

Ante este panorama, Moscú se vio obligado a manifestar que, cualquiera que sea el curso de los acontecimientos en Polonia, las repercusiones de éstos en la Europa del Este serán inapreciables.

Resumiendo, para el Kremlin, no hay opciones de libre-riesgo en relación con la crisis polaca.